

dad. Un caballo al galope no le hubiese alcanzado en su carrera.

Hacia la caída de la tarde, el saltarello Cucuzone ejecutaba sus cabriolas en la plaza pública. De repente vió entre los espectadores un rostro pálido cuyos ojos inflamados le miraban.

Tomó las de Villadiego y se fué á los fosos de la ciudad donde le aguardaba Baldemonio.

«—¿Qué queréis de mí, señor?»—le preguntó Cucuzone.

«—Tú tienes alas—le contestó Baldemonio;—quiero que me las prestes para penetrar en el palacio del intendente.»

«—¿Para qué?»

«—Para recobrar la mujer que me ha robado, y hacerle sufrir la pena del talióon llevándome la suya.

Cucuzone fijó en él sus ojos. No le desagradó la idea. Por la noche los dos penetraron en el palacio. Fiamma quedó libre y la marquesa robada.

Baldemonio devolvió la esposa del intendente después de haberla guardado en su poder un día y una noche, y le desafió. El intendente mandó pregonar su cabeza.

Fiamma conoció por la primera vez las lágrimas.

No te diré, condesa, todos los combates que Baldemonio sostuvo con los esbirros en la Basilicata y el Principado citerior.

Fiamma disfrazada de hombre combatía á su lado.

Bien pronto Baldemonio fué conocido en todas las provincias del sur. No quería compañeros; le bastaban su criado Cucuzone y Fiamma, su querida.

Una tarde encontró un pobre herido al pie de un monte. Excitóse su compasión, y lo cargó so-

bre sus hombros para conducirlo á un mesón vecino.

Era un lazo que le habían tendido. El mesón estaba lleno de esbirros. Las puertas se cerraron tras Baldemonio que entraba sin desconfianza. Fué preso, cargado de cadenas y conducido al castillo de Pizzo, sombría fortaleza que presenciara los últimos momentos del rey Joaquín Murat. Era en efecto hacia el fin del año 1815.

Baldemonio fué encerrado en el calabozo donde había muerto asesinado el gran conde de Monteleone, amigo de tu padre y del rey Fernando de Borbón.

II

El libro del porvenir

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1965 MONTERREY, MEXICO

El sueño iba venciendo á la bella ~~Doña~~

—¿Me oyes, condesa?»—preguntó Nina.

—Sí—respondió Angélica entreabriendo los párpados.

Nina continuó:

—Algunas semanas antes de prender á Baldemonio, una tarde en que éste y Fiamma hacían deslizar su falúa por las azules ondas del golfo de Tarento, no lejos de la embocadura del Bradano, oyeron gritos de desesperación.

Había allí cerca un buque siciliano cuyo capitán se entretenía en hacer dar la *calata umida* á uno de sus marineros.

La *calata umida*, así llamada por oposición al suplicio mortal de la *calata seca*, es una de esas bárbaras torturas que se conservan en la marina de levante á despecho de toda humanidad.

Esta última consiste en precipitar al paciente desde la cofa del palo mayor sobre el puente: la primera en lanzar á la mar desde la cima del trinquete un desgraciado marinero, á los pies del

cual se ata de antemano una bala de cuarenta y ocho.

En la cala seca resulta siempre un cadáver horrorosamente mutilado.

Pero se necesitan tres ó cuatro calas húmedas para acabar con un hombre robusto.

Cuando Baldemonio y Fiamma llegaron á las aguas del buque siciliano, estaban en la segunda prueba, habiendo resistido el marinero la primera. Todavía tenía fuerzas para gritar y pedir perdón.

Al llegar allí, oyeron el ruido sordo y profundo de su segunda caída. El movimiento imprimido á las aguas hizo bambolear su falúa. Baldemonio sacó su puñal, púsolo entre sus dientes, y se arrojó de cabeza al mar.

El oficial de cuarto mandaba la maniobra para sacar al reo.

Tiróse del cable, pero á su extremo ya no había nada.

Baldemonio le había cortado bajo el agua con su puñal, después de haber desembarazado al marinero de la bala de cuarenta y ocho atada á sus pies.

Al primer grito de sorpresa de los marineros sicilianos, Baldemonio llevaba al pobre condenado al lado de la falúa, y Fiamma le ayudaba á subir á bordo.

Llamaron con la bocina, pero la mar estaba tranquila y la falúa pudo alejarse á fuerza de remos.

Este marinero se llamaba Ruggieri, y su vida, así como la de Cucuzone, están consagradas á Baldemonio.

Durante el cautiverio de este último, Fiamma, Cucuzone y Ruggieri vagaban como almas en pena alrededor del castillo de Pizzo.

Fiamma llegó á introducirse á fuerza de astu-

cia en el interior de la fortaleza. Una vez allí pudo hacer llegar á manos del cautivo una carta y una lima.

Cucuzone escaló las murallas reputadas inaccesibles del castillo y ató una cuerda á los barrotes de su ventana.

Ruggieri aguardaba bajo las rocas en una falúa.

Así fué como Baldemonio recobró su libertad.

Al reunirse con sus compañeros les dijo:

«—En adelante tengo una misión que cumplir.»

Pero su vida pasaba como un sueño, y transcurrió mucho tiempo antes de cumplirla.

En 1817 tomó el nombre de Porporato.

Había al pie del monte Sila una posada, cuyo dueño, asesino de profesión, se deshacía de los viajeros á quienes quería robar.

Baldemonio fué una noche á pernoctar á este mesón sin ningún acompañamiento, vestido con un rico traje de viajero noble.

Hacia media noche, después que hubo apagado su luz, el posadero introdujo un niño en su cuarto para ver si el extranjero estaba dormido.

El niño gateó preguntando:

«—Señor, ¿se ofrece algo?»

Baldemonio le oyó, pero no quiso responder.

Pocos instantes después oyéronse en la escalera las pisadas del posadero y de sus dos hijos mayores que iban á *trabajar en su oficio*.

A los inciertos resplandores de las estrellas, pudieron distinguir á un hombre acostado en la cama, inmóvil y sumido sin duda en profundo sueño.

«—Hiérole tú primero para ganarle la acción —dijo el padre al más joven de los hijos.»

Los tres iban armados de macanas.

El adolescente obedeció. La cabeza del hombre dormido dió un sonido cascado

«—¡Buen golpe!—exclamó el padre—no ha fe-
cido tiempo de decir: ¡Dios me asista!»

Para descargo de su conciencia, el padre y el
hijo le dieron también el correspondiente golpe:
luego se dirigieron á sus ropas esparcidas por
el aposento.

El padre oyó un suspiro en la obscuridad, é
inmediatamente otro.

«—¿Qué tenéis, hijos míos?»—les preguntó.

No obtuvo ninguna contestación.

En seguida oyóse en la obscuridad un tercer
suspiro, después del cual el padre no volvió á
hablar.

Baldemonio había descargado tres golpes.

—Ya sabía que no estaba en la cama—murmuró
Angélica sin abrir los ojos, pero sonriendo;—he
oído contar esa historia.

—¡Veo que no duermes, condesa!—dijo Nina
disgustada.—Baldemonio hizo salir al niño, pegó
fuego á la casa y tomó el camino del monte.

El niño lloraba y caminaba delante de él.

«—¿A dónde me llevas?»—preguntó.

«—A mi castillo»—contestó Baldemonio.

«—¿Es tuyo—replicó el niño—ese gran casti-
llo encarnado que vi una vez á través de los ár-
boles?»

«—¿Dónde está?»—preguntó Baldemonio.

«—En un punto de la cima del monte—repuso
el niño,—pero ignoro fijamente el lugar. Cuando
hablaba de ese castillo á mi padre y hermanos,
me decían: «—¡Tú sueñas!»

Era de madrugada. Baldemonio dirigió por ca-
sualidad la vista á sus pies, y vió de distancia
en distancia en la tierra como unas grandes man-
chas de sangre. Involuntariamente se acordó de
ese polvo bermejo que Faran había desparrama-
do á lo largo del camino á su expulsión del cas-
tillo de Púrpura. Se había criado bajo la tienda

de los Romichal y las impresiones de la infancia
son indelebles.

Subiendo siempre siguió esas manchas que pa-
recían de sangre.

Llegado á uno de los picos que corona el Sila,
un espectáculo maravilloso deslumbró sus ojos.

Parecía una de esas decoraciones de teatro en
que las hadas representan el principal papel.

Al salir de un angosto y sombrío sendero cu-
yas rocas inclinadas á manera de bóveda apenas
dejaban ver un corto espacio de cielo, Baldemo-
nio se encontró de súbito frente á un fértil va-
lle donde los árboles de toda especie alcanzaban
una altura sorprendente.

En medio del valle había un lago tranquilo y
brillante como un espejo. Innumerables gamuzas
pacían libremente en sus riberas la hierba abun-
dante de magníficos prados; los corzos brincaban
bajo la espesura de los árboles; en la enramada
las aves de brillante plumaje se perseguían pi-
coteando, en tanto que en el lago una flotilla de
majestuosas cigüeñas evolucionaba entre las ver-
des islas.

Todo esto estaba lleno de vida, de animación,
de felicidad: sólo faltaba el hombre.

El niño exclamó:

«—¡Bien sabía yo que no era un sueño! Ese es
mi gran castillo colorado.»

En efecto, presentábase á la vista un inmenso
castillo, ó más bien un palacio, cuyas columnas
de color escarlata destacábanse intensamente á
la luz del sol.

Era también un alcázar con aquellas torres pe-
sadas y chatas que los sirios edificaban en tor-
no de sus ciudades, y que presenciaron los com-
bates bíblicos.

Una cosa, en fin, tan maravillosa é inesperada,
á pesar de lo manifestado por la tradición, que

Baldemonio se detuvo con los ojos deslumbrados y el corazón oprimido.

Era el castillo de Púrpura edificado por el papa Alejandro VI; era la Canaán de los hijos de Faran; la tierra prometida á los gitanos rojos, descendientes de su primer padre Ptolauum.

Para llegar al lago no se veía camino alguno, pues hacía siglos que ningún pie humano había hollado el suelo de esas impenetrables florestas.

Baldemonio, con la ayuda de su puñal, atravesó la espesura del ramaje, y bebió del agua fresca y pura del lago; luego subió las gradas de mármol, haciendo girar sobre sus goznes las macizas puertas adornadas de elegantes calados de acero.

En el vestíbulo, abierto á todos los vientos, seis estatuas egipcias con cabeza de mujer y cuerpos de león estaban agachadas sobre sus pedestales de púrpura. En cada grada de la gigantesca escalera había un vaso de jaspe, que aun conservaba el resecado esqueleto de las flores que había contenido.

Diríase que la varilla de un mago había tocado esas colosales magnificencias, y que todo dormitaba como esos palacios de azur que están en el fondo del mar.

Baldemonio, el joven indómito, aparecía altivo y desdeñoso en medio de todo esto.

Con su talón vencedor hollaba los mosaicos delicados y primorosos, cada pie cuadrado de los cuales había costado tanta sangre y tanto oro.

Y dijo: «¡Fiamma estará bien aquí!»

Como en nuestras antiguas comarcas europeas no existe una sola pulgada de terreno que no tenga dueño, el castillo de Púrpura formaba parte de los dominios de los condes de Monteleone, que descendían, por parte de las mujeres, del

más joven de los hijos de Alejandro VI, ó sea Geoffroy Borgia.

Pero el castillo de Púrpura y aquel delicioso valle del Sila fué ignorado por sus propios señores durante muchas generaciones, y su existencia se hallaba relegada entre las fábulas de las relaciones adjuntas á los mapas de familia.

Al otro día, Fiamma y los compañeros de Baldemonio se instalaron en el castillo de Púrpura.

Entonces Baldemonio fué el verdadero rey del Apenino, el terror de los bandidos y esbirros, y la providencia de los indigentes y abandonados.

Condesa, tú lo sabes mejor que yo: desde las ruinas de Pæstum al golfo de Tarento, todos los bandolines cantan las glorias de Porporato.

La primera vez que se le vió con su traje de púrpura fué en Cerignola, donde los agentes del rey habían levantado un patíbulo para ajusticiar al anciano contrabandista Isaac Birbante. Isaac era judío. No tenía sacerdote que le consolara mientras le conducían al lugar fatal del suplicio.

De repente corrió la voz de que venía un cardenal por el camino de Ascoli. Se había visto de lejos su capa de púrpura y su birrete de color escarlata.

El ejecutor blandía ya su cuchilla en el momento en que el pretendido cardenal desembocaba en la plaza de Cerignola. El pueblo y los dragones se pusieron de rodillas. El cardenal subió al cadalso.

«—¡Va á convertir al judío!— exclamaron.— ¡Bravo, Eminenza!»

Su Eminencia tomó en sus nervudos brazos al judío, sujeto con fuertes ligaduras, y se lo llevó á la vista del verdugo estupefacto.

El pueblo gritaba: «—¡Bravo, Porporato!»

Isaac Birbante, puesto de través sobre el caballo de Baldemonio, corría camino del monte...

Siguieron; tratóse de descubrir su retiro, pero todas las pesquisas fueron inútiles.

Porporato había hecho obstruir las dos entradas del mediodía con grandes rocas, no dejando abierta sino la embocadura del norte y dos galerías subterráneas, una de las cuales da á la vertiente sudoeste del Apenino y la otra á la vertiente noroeste.

Este castillo ha sido durante muchos años su plaza de armas. De allí partía con frecuencia para Francia, España é Inglaterra, cuyos países deslumbró con su magnificencia.

Todas las mujeres le adoraban. Fiamma veía pasar como otras tantas nubes arrebatadas por el viento el reinado efímero de sus rivales.

En 1821 Baldemonio vió por primera vez aquella que introdujo la angustia de los celos en el corazón de Fiamma. La que trocó los destinos de Porporato, y sembró en su alma el germen de una ambición nueva.

Porque ella brillaba en la corte quiso pertenecer á la corte, y ser príncipe porque ella era princesa.

Hacia algunos minutos que la voz de Nina se debilitaba gradualmente, llegando á convertirse en un murmullo.

Angélica Doria dormitaba con la cabeza apoyada sobre su hermoso y blanco brazo.

Los primeros rayos del sol penetraban por la muselina bordada de las cortinas.

Nina se levantó sin hacer ruido, é inclinándose sobre el lecho de su compañera, imprimió en su frente un beso fraternal.

Un instante después un carruaje la llevaba al galope hacia el palacio de la calle de Capodimonte, del cual había salido Baldemonio durante la noche para ir al baile de Loredano Doria.

Al llegar á una puerta del primer piso, llamó suavemente, y el criado que abrió, le dijo:

—¡Duerme!

Pero no por eso se detuvo, sino que, dirigiéndose á una magnífica cama donde descansaba Fulvio, le besó arrodillada durante mucho tiempo una de sus manos, que pendía fuera de la cama. Era esto por su parte una especie de piadoso recogimiento.

Nina escuchaba su respiración tranquila y dulce, y sus ojos se llenaban de abundantes lágrimas.

De repente fijó su mirada altiva y penetrante sobre la frente de Fulvio.

Este empezó inmediatamente á agitarse en su sueño; sus labios se entreabrieron y pronunciaron estas palabras:

—¡Tan joven y bella!... La miseria... La muerte.

El semblante de Nina reveló una sorpresa súbita. Sus labios temblaron y palidieron.

—¿La habrá vuelto á ver?—pensó.—Si la ama, ¡ay de ella!

Y sacando de su seno un pequeño librito de memorias con tapas de marfil, rasgó una hoja en la cual escribió estos dos nombres: «Fulvio, Celestina.»

Dividió la hoja en dos partes, y trazó dos líneas sobre el pavimento del cuarto.

Hecho esto, puso los dos nombres en el hueco de su mano y: *sopló*.

Los dos papeles volaron, se separaron y cayeron juntos dentro de las líneas trazadas.

Las mejillas y los labios de Nina palidieron.

—¡Es el destino!—exclamó.

Luego se reclinó, con la cabeza entre las manos, sobre el tapiz que cubría los pies de la cama de Fulvio.

Su hermoso rostro revelaba un profundo desaliento.

—¡La amaré!—decía llorando.—Cuando eché la misma suerte por Angélica, los dos papeles se separaron al caer: así no tengo miedo de Angélica, la amo; pero aquella... á aquella la aborrezco.

Y abrió uno de los compartimientos del libro de memorias que tenía en la mano. Dentro había un juego de naipes microscópicos. Cada naipe llevaba impresas muchas figuras extrañas con caracteres en lenguaje romi.

Nina las barajó, y extendiólas de tres en tres sobre el tapiz.

Luego levantó hacia Fulvio sus ojos materialmente bañados de lágrimas.

—Nunca he osado—murmuró con voz trémula—interrogar al porvenir sobre la muerte. Pero sufro tanto, que necesito saber el término de mi suplicio. Supuesto que tu muerte me pertenece, Fulvio, mi ídolo, adorado, quiero saber cuando llegará ésta.

Su dedo contó los naipes dispuestos como hemos dicho antes, y los recogió de nueve en nueve, barajando siete veces.

En seguida los alineó en una sola fila, consultándolos rápidamente.

Sus ojos se llenaron de sangre, su rostro reveló una expresión de horror indecible, y dejando caer con desaliento sus brazos, exclamó, entre dientes y con respiración cansada:

—¡Siete días!... ¡Es imposible!

Volvió á hacer el mismo juego, y golpeando con las manos sus rodillas, que chocaban convulsivamente contra el suelo, repitió:

—¡Siete días! ¡Dios mío! ¡Siete días!

Y no queriendo convencerse, empezó por tercera vez el juego.

Los naipes repitieron su inflexible sentencia.

—¡Siete días! ¡Siete días!

Nina permaneció largo rato inmóvil y como petrificada. La idea de esta amenaza mortal, cuya realización era tan próxima, la espantaba.

Pero muy luego apareció en sus labios el fugitivo reflejo de una sonrisa.

Sus ojos se reanimaron.

Y tomando por cuarta vez las cartas, las dispuso de otra manera.

—¡Para mí!—murmuró inclinándose ávidamente sobre los naipes.

Su semblante brilló, repentinamente con una expresión radiante, y en tanto que llevaba á sus labios la mano de Fulvio dormido, decía desde el fondo de su corazón consolado:

—¡Dios es bueno!... ¡Yo también siete días!... ¡Moriremos juntos!

III

Berta Giudicelli

Volvamos ahora al aposento de nuestro antiguo amigo el señor David Heimer, jefe de la policía napolitana bajo el nombre de Johann Spurzeim.

Este viejo coquetón no permitía que nadie asistiese al acto de levantarse de la cama. Según él, el sueño quita el color, y un buen mozo no se presenta con todo su realce al comenzar el día.

Los mismos criados tenían orden de no entrar en su cuarto sin que los llamase.

Sin embargo, había una excepción, y ésta era en favor de Beccafico, empleado de aire ambiguo, al cual recibía Johann todas las mañanas para que cuidase de su atavío.

Johann tenía aún, en efecto, algunos cabellos, de los cuales estaba muy celoso: se hacía afei-